

# Una civilizada memoria alrededor de lo salvaje

Alvaro Bermejo-Marcos

---

LA POTIERE JALOUSE *Claude Levi-Strauss*  
Ed. Plon

---

DE PRES ET DE LOIN. *Claude*  
*Levi-Strauss/Didier Eribon* Ed. Odile Jacob

**A** un después de medio siglo de continua y cotidiana convivencia con el profundo universo mítico de «Tupis», «Craoas» y «Nambikwara», sólo el azar, Roman Jakobson y la temprana lectura de las obras capitales de Jean Jacques Rousseau siguen siendo responsables de las magnitudes coronadas por este honesto dinosaurio barroco -y clarividente-, en su obstinada búsqueda de toda forma de autenticidad.

Antes de que viera la luz esta interesante compilación de encuentros y confesiones, nos bastó abrir la primera página de *Tristes tropiques* (1955) para saber que Claude Levi-Strauss odiaba por encima de todas las cosas «los viajeros y los viajes», que el concepto de «salvaje» sigue pareciéndole un híbrido entre la mixtificación, la ignorancia y la utopía —que Jacques Lacan no era el mejor discípulo de Emile Zola—, que antepondría siempre el *pesimismo radical* de Montherlant, las hermenéuticas cosmogonías de Fernand Braudel y has-

ta el fastuoso surrealismo del primer Breton a la dorada mediocridad «positiva» de sus más ilustres contemporáneos.

«No, para llegar a entender algo acerca del hombre no basta con observarse a sí mismo a la manera de los viejos filósofos introspectivos. Tampoco basta con limitarse a un breve período de la historia humana, como hacen los historiadores. Más bien al contrario, a mí personalmente me resultó tan preciso como indispensable quemar mis naves y partir así al encuentro con aquellos que me parecían los más alejados de mí mismo, para indagar en ellos qué es lo verdaderamente constante y fundamental en la naturaleza humana.» Por muy arduo que nos resulte conquistar las raíces de ese emblemático corazón salvaje, sí, qué duda cabe, «las aproximaciones valdrán siempre más que el puro vicio»: «Por otra parte, la tarea del antropólogo no es más difícil que la del físico o el químico: también ellos no observan más que una mínima porción de la realidad con instrumentos imperfectos.»

Paradójicamente, el autor de *Estructuras elementales del parentesco*, tras intentar reconstruir desde sus propias cenizas el "shock" inicial de los indios con los europeos durante algo más de una década, suma ya cerca de treinta años hurtándose a abundar el menor

trabajo de campo -al que continúan tan vinculados la mayoría de los grandes etnólogos- A la manera del sabio Melville, de E.M. Foster o del propio Faulkner, toda su obra ulterior revierte al intenso y oscuro maremagno de su aventura primordial. Claude Levi-Strauss no volverá nunca más a su «velho Brasil»-- «...para evitar verme llorando sobre mis recuerdos»---. Y también porque de algún modo considera que ese contacto directo con el alma primitiva ya no es imprescindible para él. Desde Montaigne a Margaret Mead, el mundo y la ciencia occidentales abarcan ya cerca de dos siglos observando y compilando sus estudios alrededor de lo salvaje: «Lo que le faltaba a la antropología era una buena teoría de base, un instrumento de penetración, un sistema que le permitiera construir una teoría explicativa para poder entender todo lo que estaba conociendo.» Pues bien, esa primera «máquina empírica» para descifrar comportamientos tribales, razones mitológicas y cursos civilizadores, comenzó por llamarse *estructuralismo*. Aunque ya a estas alturas, tras haber sido tachado de «antihumanista», «vacuo» y «esterilizado» incluso por los principales espadas de su propia escuela, nuestro personaje reniega en cierto modo de este término que considera tan ambiguo como ajeno. «Al fin y al cabo, el verdadero fundador del estructuralismo

fue Roman Jakobson.» Este lingüista checo con quien CLS se encontró en Nueva York mantenía por aquella posguerra que el número de sonidos que puede emitir un comunicante en cualquier civilización es limitado. En consecuencia, todas las lenguas pueden reducirse a un volumen regular de combinaciones dentro de un margen concreto de posibilidades derivadas de una supuesta «gramática universal». Obviamente, a Jakobson no le costó demasiado demostrarle cómo cada una de las lenguas conocidas dentro del planeta no era más que una variación dentro de una grandiosa estructura común. Luego, partiendo del análisis de las relaciones de parentesco entre los «primitivos», entre las raíces de su pensamiento y las de sus mitologías, CLS llegaría a concluir cómo tras las conocidas variedades aspectuales de todas las culturas late una profunda unidad psíquica humana. A partir de entonces, el autor de *El totemismo* dedicaría el resto de su vida a la búsqueda y al posterior estudio, tanto en los pueblos «primitivos» como en los «modernos», de los principios constitutivos básicos de esa estructura primordial.

El inmenso valor rehumanizador de la respuesta estructural se inicia en la tarea de enseñarnos a entender cuánto nos une, como hombres y como «europeos», a los legendarios «Nambikwara» del Alto Amazonas. «Somos hombres como ellos, y en ese sentido podemos establecer con ellos relaciones personales. Vemos entre ellos indumentarias de apariencia absurda, pero en realidad significan la importancia externa de una jerarquía comparable a la que justifica todas nuestras venerables instituciones.» En puridad, no existen civilizaciones «primitivas» ni «evolucionadas», no hay más que soluciones diferentes a problemas consustanciales a la más estricta condición humana: «La noción de progreso implica la idea de que ciertas culturas son superiores a otras, puesto que han producido obras de las que las últimas se han mostrado incapaces. Y el relativismo cultural, que es una de las

bases de reflexión etnológica, afirma que ningún criterio permite juzgar en lo absoluto una cultura como superior a otra.»

Allá por el año 1971, pronunciando unas palabras muy parecidas a éstas en la sede central de la UNESCO, en París CLS logró concitar uno de los mayores escándalos de la historia intelectual de Francia, al que su editor puso por título *Raza y Cultura*: «...En aquella ocasión transgredí tres poderosas prohibiciones. Primero, comencé significando cómo la genética moderna permitía hablar de razas en términos científicos. Luego, dije que los buenos sentimientos del ciudadano medio no sirven para luchar contra el racismo. Y, por último, estimé que las culturas sólo son creativas cuando, siendo preciso para su desarrollo un cierto distanciamiento, aciertan a no distanciarse demasiado de sí mismas.»

«Nunca ha habido una sociedad monocultural. Todas las culturas resultan de mestizajes, préstamos, mezclas que no han cesado de producirse, aunque a ritmos diferentes, desde el origen de la hominización. Todas las pluriculturales, las sociedades han elaborado cada una, en el curso de los siglos, una síntesis original, que constituye la raíz primal de su cultura. El sistema de valores de Francia en los siglos XVIII y XIX representaba para Europa y el mundo un centro de atracción. La asimilación de los inmigrados no planteaba problemas.» Permítanme que continúe la cita resolviéndola con unas declaraciones recientemente efectuadas por el pensador francés a Guy Sorman, para el *Figaro Magazine*: «... Hoy sigue siendo preciso acoger a los extranjeros en nuestro país y en nuestro continente, aunque sólo sea en razón de nuestro desequilibrio demográfico. Y sigue estando claro que estas etnias extranjeras son más o menos integrables. Los problemas comenzarán cuando las sociedades occidentales no sean capaces de suscitar valores intelectuales y morales lo suficientemente sinceros como para sustentarse cuando menos a sí mismas.»

A sus ochenta años, Claude Levi-Strauss, uno de los últimos grandes intelectuales de la diáspora judía, sigue odiando «los viajes y los viajeros» más que nunca. Una constante que, sin embargo, no le ha impedido descubrir las maravillas de Corea hace apenas unos meses. Para el mayor desconcierto de sus guías y acompañantes oficiales, el autor de *mitológicas* se mostró categóricamente indiferente a los notorios avances tecnológicos, a todas las conquistas económicas y hasta a su portentosa infraestructura olímpica: no buscaba más que los últimos vestigios de una gran civilización. «Este Levi-Strauss es algo irremediable --puntualizó «cariñosamente» a su paso un alto dignatario coreano--, no se interesa más que por lo que ya no existe.»

Tomado de *El Urogallo*.